

## Reseñas

Leticia Méndez (comp.), 1996, *Identidad*, III Coloquio Paul Kirchoff, Instituto de Investigaciones Antropológicas/DGAPA, UNAM, México, 299 pp.

**E**STE LIBRO REPRESENTA UN ESFUERZO por conjuntar diversas reflexiones sobre un tópico común —la identidad—, presente en muchas de las discusiones y reflexiones teóricas de las ciencias sociales contemporáneas. Pero además de acercar al lector a una multiplicidad de enfoques y miradas en torno a la cuestión identitaria, esta presentación es un modesto, pero merecido, homenaje póstumo a una colega muy querida en el medio antropológico mexicano.

Gabriel Zaid, en su sorprendente texto *Los demasiados libros*, plantea una idea que finalmente nos descarga de “culpas” y de “angustias” a los intelectuales contemporáneos, abrumados por la infinidad de información que se produce y que aparentemente está a nuestro alcance a través ya no sólo de los libros, sino también de medios electrónicos cada vez más complejos. Para él lo importante no es la cantidad de libros que leemos —dado que la cantidad de títulos nuevos producidos por año en nuestro planeta es inabarcable para un modesto lector— sino el estado en que nos deja un libro al terminar su lectura.

El libro que aquí comentamos es una obra colectiva que abre nuevas preguntas, propone sugerentes reflexiones y nos muestra una riquísima diversidad de formas y de enfoques desde donde es posible analizar la cuestión de la identidad. Es un libro que, al abrir nuevos interrogantes, ofrece caminos inexplorados para la reflexión propia.

La obra está compuesta por 16 artículos —originalmente ponencias presentadas en el III Coloquio Paul Kirchoff— que han sido organizados en cuatro grandes apartados, los cuales buscan dar cierta coherencia a un conjunto de concepciones diversas, con un enfoque multidisciplinario y desde la experiencia de distintos países tanto europeos como americanos.

Por ello la obra resulta muy enriquecedora; además, tiene la peculiaridad de que se conserva el texto en la lengua original de los autores y luego se incluye la traducción al español, lo cual es útil para confrontar significados. Esta forma de presentación, que pocas veces se realiza en nuestro medio, nos permite trascender la comprensión de los traductores que muchas veces no captan el sentido profundo de propuestas tan complejas.

El primer apartado reúne tres trabajos teóricos. El primero de ellos, de Gilberto Giménez, se titula “La identidad social o el retorno del sujeto en sociología”, y representa una excelente síntesis de los principios teóricos y de los diversos aspectos que constituyen la identidad social. El autor ubica la discusión teórica de la identidad

dentro de un espectro más amplio que es el de la teoría del actor social. Considera a la identidad como la dimensión subjetiva de los actores sociales, la cual se construye de manera selectiva y jerarquizada. Este proceso sólo se da a partir de la relación con otros, es decir, de la intersubjetividad. Tal forma de abordar el problema posibilita su análisis desde el plano de las representaciones sociales, entendidas a partir de una perspectiva práctica, operativa. Una vez establecido lo que es el núcleo de la identidad, el autor centra la discusión en el problema de la identidad dentro de las estructuras sociales y la ya clásica discusión de lo individual y lo colectivo. Finalmente, aborda el problema del cambio a partir de tres preguntas: ¿cómo surgen las nuevas identidades sociales?, ¿cómo y por qué se transforman las identidades?, y ¿cómo pueden los individuos circular por las diversas identidades colectivas existentes?

El segundo trabajo toca un aspecto que se omite en el artículo anterior: la identidad dentro del contexto del tiempo y el espacio. Jesse Hiraoka, de la Universidad de Western Washington, presenta una muy sugerente reflexión sobre las dimensiones de tiempo y espacio referida a la identidad norteamericana. Analiza dos experiencias históricas centrales: la de los puritanos que ocuparon Plymouth desde el siglo XVII y la de los migrantes orientales que llegaron a Estados Unidos en el siglo XVIII. A partir de estos dos ejemplos, y utilizando un análisis generacional que muestra las grandes diferencias en las formas utilizadas por cada generación para construir sus referentes identitarios, llega a la conclusión de que la identidad estadounidense se recrea a partir de valores sustentados más en la dimensión del tiempo que en la dimensión espacial o de arraigo territorial, y por tanto el espacio, como receptáculo de los valores de la cultura y de la herencia, se encuentra disminuido. Como nación constituida fundamentalmente por corrientes migratorias diversas, la estadounidense está desprovista de un contexto espacial original, por lo cual se le da al pasado poco valor y el principio operante es el futuro. Asimismo, la fragmentación étnica se borra a partir del concepto de nación de tal suerte que, en la identidad moderna de los norteamericanos, además de estar determinada por el tiempo y no por el espacio, la unidad más importante es el individuo y no la etnia.

El análisis de este autor resulta sumamente sugerente en el plano metodológico, pues difícilmente encontramos trabajos centrados en un análisis diacrónico de cuando menos tres generaciones de un grupo étnico, lo cual aporta nuevos elementos para la reflexión.

El trabajo de Miguel Bartolomé, "La construcción de la persona en las etnias mesoamericanas", aborda el tema de la identidad social centrándose en el caso de los indígenas mexicanos. De entrada plantea el problema de la tergiversación que implica la observación externa y busca superar en lo posible dicho falseamiento —por lo demás inevitable para el observador externo— retomando los propios sistemas de categorías nativos. A pesar del esfuerzo por ordenar "objetivamente" al "otro", esta propuesta siempre nos deja la duda de si realmente no implica asimismo cierta distorsión al presentarse como parte de un ordenamiento científico.

El eje de este análisis es la idea social de persona, dado que hablar de identidad requiere, como punto de partida, hablar de la construcción del individuo. Este com-

plejo problema se ejemplifica con referencias de varios grupos étnicos mexicanos: los mayas de Yucatán, los huaves y los chatinos de Oaxaca, los zapotecas del Istmo, etcétera.

Bartolomé toca tres planos en la definición de *persona*: la persona física, la persona social y la persona espiritual. Esta noción es una categoría interna de las culturas y proporciona a sus miembros un referente común basado en un mismo principio de clasificación a partir del cual se puede construir el “nosotros”. El trabajo mencionado, al igual que el de Jesse Hiraoka, entrelaza reflexiones teóricas sustantivas con un rico material de campo, el cual permite al lector especializado adentrarse en aspectos metodológicos concretos.

En el segundo apartado, titulado *Identidad y simbolismo*, se reúnen cuatro textos representativos de un mosaico reflexivo de diversos aspectos de la identidad social que van desde la mirada filosófica más abstracta hasta la maravillosa concreción de la lengua.

Juan Manuel Silva Camarena explora la identidad a partir de algunas preguntas filosóficas —por lo demás, sumamente complejas y polémicas, que no se pueden responder en un trabajo tan breve como éste— como las siguientes: ¿cómo abordar la identidad?, ¿qué es el hombre? y ¿hasta dónde las ciencias sociales tienen la posibilidad de captar la identidad de otros hombres y pueblos?, etc. A diferencia de los trabajos previos, aquí no encontramos referencias etnográficas ni propuestas novedosas sobre la forma de abordar el problema. Para el autor la identidad, más que un problema teórico, es una forma peculiar de ser (p. 80).

François Laplantine analiza la compleja relación entre modernidad, religión e identidad y señala que, ante la crisis respecto del futuro que plantea la modernidad, la religión se constituye en un conjunto de respuestas, diversificadas y contradictorias, mediante las cuales los grupos sociales intentan contener dicha crisis. Es precisamente a partir de la década de los setenta cuando encontramos una recomposición de lo religioso a partir de la cual surgen nuevas religiones sincréticas y una creciente revaloración de las tradiciones que dan lugar a los integrismos y los fundamentalismos. Sin embargo, tal recomposición de lo religioso no es sólo obra de las instituciones religiosas, sino también de una construcción “a la carta” (a manera de menú), en la cual los individuos eligen “los ingredientes”, que no necesariamente respetan las tradiciones culturales previas, y en la que los hombres y las mujeres escogen los elementos que más les convienen. Así, junto con el resurgimiento de las ortodoxias más integristas aparecen las heterodoxias más exóticas, y en dicho marco es el núcleo de lo religioso lo que está favoreciendo procesos identitarios tanto nacionales como étnicos.

El presente trabajo, rico en referencias mundiales, nos permite comprender algunos de los movimientos sociales actuales y el papel hegemónico que en este fin de milenio juega la religiosidad, contra los pronósticos positivistas y racionalistas que algunos sectores intelectuales realizaron desde el siglo XIX.

Los siguientes dos artículos hacen referencia al papel que desempeña la lengua en la identidad. Gisele Losier, desde la perspectiva de la llamada “lingüística de la

enunciación”, aborda el problema de la producción de significados y la relación de interlocución que ello genera. Su interés se centra en la función de los protagonistas dentro de la relación de intercambio oral y los atributos de quien emite el mensaje.

Leopoldo Valiñas, en su artículo “La doble dimensión de la lengua en los procesos de identidad”, encara el complejo pero interesantísimo problema de usar a la lengua como instrumento o recurso de reproducción y reelaboración de la identidad, y propone verla en una doble dimensión: como dadora de un nombre —como marca de identidad— y como instrumento de reelaboración de dicha identidad. Esta perspectiva le permite al autor comprender a esta última como un proceso inagotable que, al igual que la lengua, no se pierde sino que se transforma o se reorienta.

El tercer apartado, titulado *Identidad étnica nacional*, se compone de cinco trabajos de perspectivas disímboles. Entre ellos se distingue particularmente el de Néstor García Canclini, quien con un interesante juego de metáforas contrasta la identidad vista como objeto de museo, íntegra, ordenada y coherente, con la inquietante identidad enmarcada en el Tratado de Libre Comercio, y que sintetiza en dos imágenes muy sugerentes: la imagen del aeropuerto y la de la venta de garage. El quehacer del científico social, y en particular del antropólogo, parece debatirse entre estas dos posibilidades, y la metáfora de la identidad-museo resume aquella concepción tan generalizada entre los antropólogos contemporáneos que buscan la esencia de los procesos identitarios. Encontrar los límites de lo nacional y de lo étnico parece constituirse en un puerto seguro para el análisis de la identidad frente a la incertidumbre de la globalización; sin embargo, el estilo de una venta de garage, donde lo viejo se mezcla con lo nuevo y la cotidianidad fluye, representa un reto novedoso para comprender tan complejo problema.

En este mismo tenor, pero con un enfoque sustentado en variables sociales y políticas cuantificables, Raúl Béjar y Héctor Cappello centran su interés en la cuestión de la globalización y el proceso nacional en México. Consideran que tanto la identidad como el carácter de lo nacional son expresiones sociopsicológicas que derivan del paradigma contemporáneo de la organización societaria del Estado-nación. Se trata de un ensayo un tanto árido, y presenta alguna gráfica y cuadros interesantes para los conocedores del proceso nacional mexicano.

Claudio Bolzman, en cambio, aborda la cuestión nacional desde una perspectiva más novedosa y provocativa: la relación entre identidad y exilio, retomando como base empírica el caso de la migración chilena a Suiza entre 1983 y 1984. El autor define el exilio como un proceso que se da en cuatro fases, y lo relaciona con formas específicas de construcción de identidades sociales que han sufrido transformaciones abruptas en la vida cotidiana de los individuos del caso, lo cual implica una reelaboración de las estructuras identitarias. Dicho enfoque sociohistórico permite comprender el proceso de recomposición de las identidades en el tiempo y analizar las diferentes etapas por las que transitan los grupos humanos migrantes. Este trabajo, al igual que el de Jesse Hiraoka, plantea un análisis diacrónico muy sugerente.

Los últimos dos artículos de este apartado abordan lo nacional a partir de la relación rural-urbano. El primero, de Ruben George Oliven, de Puerto Alegre, Brasil, retoma el problema de los regionalismos, la memoria y el imaginario en la transformación de las identidades y el resurgimiento de las identidades rurales en el contexto urbano. A partir de ejemplos diversos, como el de Italia o el del Perú, el autor señala que los conceptos de nación y tradición son espacios de clasificación y, por consiguiente, formas de delimitar fronteras o de construir referentes de identidad.

Frente a dicha propuesta, también apoyada en numerosos ejemplos etnográficos, está el análisis de Stefano Varese, centrado una vez más en el caso de los indígenas mexicanos y centroamericanos, pero situado en el contexto de la migración y de la transnacionalización. El enfoque está aquí determinado por las relaciones interculturales en un espacio fronterizo: el de la frontera norte. A partir de aspectos históricos del pasado colonial, el autor se acerca a un tema a mi parecer novedoso y sumamente importante, en este momento de grandes tensiones políticas y económicas causadas por el tenaz movimiento migratorio de los trabajadores indocumentados: las nuevas organizaciones indígenas ubicadas en un proceso transnacional en el que se toca lo urbano y lo rural, lo proletario y lo campesino, el bilingüismo y el trilingüismo, etc., lo cual cuestiona el viejo enfoque antropológico que definía al indio en relación con su pertenencia a una comunidad campesina o a una aldea tribal.

Finalmente, en el apartado *Identidad en sociedades complejas*, se aborda la reproducción de la identidad urbana a partir de tres casos muy distintos, que abren una importante gama de enfoques sobre el complejo problema de los procesos de construcción identitaria en las ciudades contemporáneas. En el primero de los trabajos, realizado en España, su autor, Josepa Cucó, analiza a los grupos intermedios organizados en cuadrillas y asociaciones de amigos, y trata de demostrar que el parentesco y la amistad constituyen elementos centrales en la construcción de las relaciones sociales de la urbe y que estas formas organizativas representan verdaderos puentes identitarios entre la familia y las instituciones. Tal enfoque es a mi parecer bastante original, pues hay pocos trabajos que se interesen por los llamados *grupos intermedios* y su importancia en la construcción cotidiana de referentes identitarios.

El segundo trabajo, de Vania Salles y José Manuel Valenzuela, titulado "Ámbitos de relaciones sociales de naturaleza íntima e identidades culturales", fue realizado en la delegación Xochimilco, en México, D. F., y profundiza en el carácter rural de esta zona, que va más allá de los aspectos estructurales agrarios y que representa el hilo conductor de toda construcción cultural. A partir de este factor agrario y su significación, se revisa la configuración de las identidades culturales urbanas y se parte tanto del espacio geográfico representado por el barrio, como de las prácticas religiosas, que se expresan en más de 400 fiestas anuales, de las cuales la más sobresaliente es la famosa fiesta del Niñopán. Todo lo anterior acompañado de una detallada descripción etnográfica de la delegación, de sus formas productivas, del problema ecológico y sobre todo de la experiencia de lo sagrado, que representa el núcleo que cohesiona a las identidades estudiadas.

Por último, el trabajo de Joan Pujadas, "Memoria individual y memoria colectiva: la construcción de la identidad", se desarrolla a partir de dos textos biográficos —el primero, de un brujo de Camerún y el segundo, de un ama de casa de Cataluña— con los cuales busca ilustrar la "intertextualidad" del relato biográfico y las categorías y valores de una cultura. De esta manera, con base en elementos etnográficos, el autor realiza un análisis comparativo de la construcción de la memoria individual, la memoria colectiva y la identidad social.

Estamos, finalmente, frente a una obra que reúne experiencias de investigación diversas y heterogéneas en su profundidad y en el énfasis teórico-metodológico, y cuya virtud es precisamente la diversidad y la pertinencia de sus propuestas, ya que a través de sus páginas se tocan aspectos y problemáticas actuales, que convocan a nuevas maneras de comprender algunos de los dilemas sociales característicos de este fin de milenio. Es un libro que nos permite asomarnos a las múltiples facetas —muchas de ellas apenas esbozadas— que constituyen este inagotable fenómeno de las identidades sociales.

*María Ana Portal*